

**Capogrossi, María Lorena y Magliano, María José (directoras)
(2024) *El trabajo de campo desacralizado. Desafíos, tensiones y problemáticas de la investigación cualitativa*, Ediciones CIECS, Córdoba, 213 p. ISBN 978-631-90670-3-3.**

Maria José Mendez*

El libro *El trabajo de campo desacralizado. Desafíos, tensiones y problemáticas de la investigación cualitativa* dirigido por Maria Lorena Capogrossi y María José Magliano, es una interpelación aguda y pertinente, no en torno a comprender el trabajo de campo desde el deber-ser metodológico o desde la teoría metodológica sistemática, tampoco desde el método como rutina o desde una perspectiva épica, sino por el contrario desde sus “zonas de incomodidad” y “sus puntos ciegos”. A partir de transformar en objeto de estudio conversaciones entre investigadoras/es colegas, que usualmente están “fuera de agenda”; ensamblan una reflexión coral sensible en torno a las tensiones y complejidades emocionales, políticas y éticas de la investigación cualitativa.

En el primer capítulo, Capogrossi y Magliano, se preguntan acerca de qué es lo que sucede cuando el campo nos interpela, incomoda o muestra algo distinto de lo que buscábamos encontrar. A partir de su experiencia de investigación etnográfica con trabajadoras de limpieza tercerizada en Córdoba, se enfocan en tres dimensiones fundamentales que permiten desnaturalizar, desmitificar o “desacralizar” el trabajo de campo. En primer lugar, cuestionan la idea de horizontalidad entre investigadoras e interlocutores/as, situando la relación entre confianza y poder en un eje de análisis, a partir del supuesto que mientras la universidad les abrió las puertas, lo hizo desde una relación de autoridad asimétrica que no se transparenta. Las autoras se preguntan qué reciben las personas entrevistadas al compartir sus vidas, y nos advierten sobre el riesgo del “extractivismo compasivo”. En este sentido, proponen, no necesariamente una relación de horizontalidad pero sí dar centralidad a la escucha, explicitar las intenciones de la investigación a los interlocutores e interlocutores, abrir el diálogo, negociar resultados, acordar de manera colectiva qué decir y qué no decir. En segundo lugar, se detienen en los peligros de la romantización del objeto de estudio, a partir de preguntarse acerca de las implicancias que tiene esperar que quienes son perjudicados en relaciones de desigualdad, respondan desde la agencia, la lucha o resistencia, sosteniendo otra pregunta muy potente que es qué invisibilizamos cuando buscamos protegerlas a partir de idealizarlas. Esta romantización evita evidenciar la complejidad y las contradicciones, los conflictos de sus prácticas y las demandas hacia las investigadoras. En tercer lugar, cuestionan el uso de categorías teóricas que no están en diálogo con el campo invitándonos a construir conocimiento que no sea confirmatorio. Nos invitan a recrear conceptos y a dejarnos afectar por las categorías nativas, para entonces producir saber que no reafirme certezas sino que provoque preguntas inquietantes. En síntesis, al contrario de buscar recetas sobre el trabajo de campo, se preguntan por eso que nos pasa allí, y cómo el campo puede ser una experiencia transformadora. En este

* Becaria doctoral de CONICET y profesora de la Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Argentina. Correo electrónico: mjmendez@untdf.edu.ar

desplazamiento, el espejo otra vez estalla y nos revela matices metodológicos, teóricos, políticos y éticos.

En el segundo capítulo, “De cómo abrir la cárcel para entrar a investigar: emergentes metodológicos a través del campo”, Sol Rodríguez ofrece una reflexión igual de lúcida que sensible sobre algunos dilemas éticos, políticos y metodológicos en torno a investigar historias de mujeres en contexto de encierro. A partir de discutir la idea de tomar la cárcel como objeto de estudio, la autora nos invita a reflexionar sobre cómo la tarea investigativa se ve afectada y desbordada cuando entra en contacto con cuerpos, historias, palabras y silencios de quienes habitan esos territorios. Empero, no sólo la práctica investigativa se ve interpelada. Según Rodríguez, entrar a la cárcel a investigar requiere ante todo una apertura personal de quien investiga: incluye dejarse afectar, permitirse ser atravesada por historias de otros/as, cuestionar las propias convicciones, y asumir las tensiones que emergen del encuentro con otros/as, incluyendo lo doloroso, lo incierto. Como primer eje de análisis, propone problematizar el cuerpo, entendiendo que tanto quien investiga como quien es investigado atraviesan por experiencias y transformaciones corpóreas a lo largo del proceso investigativo. Con el segundo eje de análisis nos advierte sobre la centralidad de las emociones en el trabajo de campo, mostrando cómo el miedo, la vergüenza, la intranquilidad, y el asco, lejos de ser cuestiones secundarias, atraviesan la investigación en contextos carcelarios, y rara vez se hacen visibles en los productos académicos. A partir del tercer eje, la autora interpela los límites entre intervención y conocimiento, y reconoce cómo la cárcel nos obliga a revisar el rol del investigador, flexibilizar esquemas rígidos y enfrentar implicancias éticas de construir saber/intervenir en escenarios de dolor. La autora, entonces, nos invita a comprender la tarea investigativa como un gesto de escucha radical, en el que el dato no se extrae sino que se construye en relación. La tarea no es hablar sobre las mujeres presas sino pensar con ellas, sosteniendo la tensión entre comprender sin apropiarse, entre narrar y no encerrar aquello que apenas puede ser dicho. En torno al trabajo de campo y de manera poética, nos propone “volver, como Hansel y Gretel, sobre las migas de pan”, para revisar la trama de incertidumbres que se esconden detrás de un trabajo de investigación finalizado.

El tercer capítulo de Camila Pilatti titulado “Cicatrices y afecciones del quehacer antropológico: experiencias en la Economía Popular”, es una crítica profunda a los modos tradicionales y positivistas de hacer antropología y, a la vez, un relato honesto sobre las huellas éticas y emocionales que deja el trabajo de campo en territorios atravesados por la informalidad y la desigualdad. A partir de narrar de sus primeros ingresos a campo en una investigación con mujeres feriantes de la economía popular, parte de una autocrítica: en su afán por registrar datos y producir evidencia, soslayó su presencia y subjetividad creyendo ser invisible y neutra, hasta que las feriantes evidenciaron su falta de honestidad al no explicitar su rol en ese espacio. Esa marca constituye la primera “cicatriz” del trabajo de campo, que Pilatti utiliza como metáfora de las experiencias dolorosas, pero también como clave analítica en tanto le sirve para problematizar las fronteras entre participar y observar, los límites del registro para ver lo esencial y a los interlocutores e interlocutoras como sujetos con agencia. A su vez, pone en cuestión la dicotomía artificial entre tiempo y espacio. Sugiere comprender al espacio no de manera lineal sino como memoria de configuraciones históricas similares a un palimpsesto, como superposición de capas donde lo nuevo no borra lo anterior; y al tiempo como algo más que duración, sino como experiencia compartida, cargada de conflictos, pausas, transformaciones y afectividades. Subraya cómo eso que nos afecta en la investigación no son meras notas de campo sino partes constitutivas de la producción de conocimiento, destacando

que hacer ciencia implica afectarse, incomodarse y revisar constantemente la propia posición. Finalmente, la autora enfatiza que la etnografía no es un proceso unidireccional, sino un intercambio en el que ambas partes se afectan mutuamente.

El cuarto capítulo, “Tentaciones en la cocina de la investigación: reflexiones sobre la directividad y la invisibilidad en el trabajo de campo a partir del abordaje del trabajo en plataformas” de Gastón Enrietti Jordán y Rodrigo Escribano, versa sobre las dificultades metodológicas que enfrentaron en una investigación sobre repartidores de aplicaciones como Rappi y PedidosYa en la ciudad de Córdoba. A partir de la noción de etnografía multisituada (Marcus, 1995), que les permite realizar observaciones en espacios físicos y digitales, resaltan los desafíos de investigar en entornos mediados por tecnología, y encuentran dos grandes tensiones. La primera es una advertencia sobre la tentación de aplicar marcos teóricos rígidos en el trabajo de campo que no se ajusten a la realidad de los trabajadores, en un campo singular como son las plataformas digitales que transforman las relaciones laborales a través del control algorítmico a la vez que abren espacios con nuevas formas de resistencia. La segunda se refiere a las complejidades del campo de lo digital, que permiten otros modos de observación como riesgos de “invisibilización” de quienes investigan. En este sentido, la reflexión se orienta a pensar desafíos éticos de la etnografía digital, enlazando percepciones de privacidad, dificultades de establecer vínculos de confianza, visibilidad y anonimato. Los autores enfatizan que no solo se trata de plataformas en tanto nuevo objeto de estudio, sino también de construir maneras novedosas de “estar allí” en el campo virtual y las condiciones específicas en las que se produce conocimiento etnográfico.

En el quinto capítulo, de Francisco Filippi, Romina Molina y Débora Natividad Farriol titulado “¿Dónde ponemos la lupa? Revisando premisas, enfoques y fuentes en el proceso de conocimiento”, se pone el acento en las decisiones metodológicas en torno a una investigación sobre el trabajo de seguridad privada en Córdoba. Los autores reconocen las ideas previas que tenían y reconocen los riesgos que supone reproducir ciertos estereotipos –como, por ejemplo, “la masculinización del sector” –, y legitimarlos desde la universidad. Problematican el trabajo de campo en este rubro laboral, destacando que el acceso al mismo por naturaleza se presenta esquivo y siempre genera resistencias, al igual que la observación prolongada, la cual posee límites prácticos. De este modo, invitan a desarrollar estrategias alternativas de recolección de información. Los documentos escritos obtenidos en el trabajo de campo, tal como registros diarios, adquieren entonces un papel fundamental (aunque son de acceso limitado por ser confidenciales). Hacia el final del capítulo reflexionan críticamente sobre la escritura y sostienen que no es un acto mecánico escindido del pensamiento, sino por el contrario un proceso dinámico de revisión, diálogo y tensiones con el campo.

El capítulo seis de Sofía Arrieta, Consuelo González Clariá y Clara Presman, titulado “Metodología invisibles: reflexiones acerca de hacer trabajo de campo sobre cuidados”, aborda los desafíos de hacer investigación sobre trabajo de cuidados, práctica históricamente invisibilizada y naturalizada: “eso que se mira y no se ve”. De acuerdo al planteo de las autoras, las metodologías tradicionales se muestran limitadas para dar cuenta de la complejidad de investigar prácticas marcadas por el género, la raza, la clase, el territorio, etc. En este sentido, ofrecen aportes teóricos-metodológicos para comprender el cuidado como una práctica situada, relacional, atravesada por múltiples factores y constitutiva de desigualdades solapadas. Con profunda sensibilidad, destacan el valor de “estar ahí” como gesto fundamental para captar, no solo lo dicho, sino también lo hecho y lo silenciado, proponiendo la observación participante

como estrategia metodológica fundamental en investigaciones sobre cuidados. Indagan también en cómo influyen la clase, el género, la raza, y el capital académico en el acceso al campo y en los vínculos con las interlocutoras, destacando la necesidad de desarrollar y sostener la vigilancia epistemológica, condición para revisar supuestos e hipótesis, construir relaciones de confianza y atender los límites emocionales y éticos del proceso investigativo.

En suma, los capítulos compilados en este libro despliegan una polifonía de experiencias investigativas en diversos contextos y objetos –ferias populares, cárceles, plataformas digitales, cuidados, seguridad privada– aunque conectadas por un hilo conductor: desacralizar las certezas metodológicas y comprender el trabajo de campo como un territorio con dimensiones afectivas, éticas y políticas. La diversidad de experiencias permite ver que no hay una única manera de producir conocimiento. Además, coinciden en que escuchar, observar y escribir no son actos neutros sino más bien prácticas que afectan y transforman tanto a quienes investigan como a personas interlocutoras de nuestras investigaciones. Tal vez su mayor aporte radique en propiciar una sala de resonancia y reconocimiento para personas que nos hemos sentido implicadas, paralizadas o afectadas por el campo –por sus contradicciones y sus intersticios–, por los apegos problemáticos con la teoría, e incertidumbres en torno al conocimiento producido.